



Noaj, N° 11, julio de 1996

POEMAS

- Wieseltier, Meir. Poema sobre Jerusalem, p. 2
- Amijai, Yehuda. Jerusalem: Mi niño huele a paz, p. 3
- Goldberg, Leah. En las colinas de Jerusalem, p. 4
- Zaj, Natan. A un estudiante en Jerusalem, p. 6
- Saari, Rami. En la pequeña casa de la calle Halafta, p. 6
- Kovner, Aba. No sé si el Monte Sión, p. 7
- Isaak, Carla. Retazos del derrumbe, p. 8
- Kononovich, Akiva. Purificación, p. 8
- Satz, Mario. La línea de las lluvias, p. 9
- Muñiz-Huberman, Angelina. Jerusalem en marzo, p. 10
- Najenson, José Luis. Soneto de los siete años, p. 11
- Futoransky, Luisa. Presencia de Jerusalem, p. 12



Poema sobre Jerusalem

Meir Wieseltier

Si no existiera Jerusalem, ¿qué harían con un poema sobre Jerusalem?
Si no existiera Jerusalem, lo cantarían mientras tanto en otra parte.
Si no existiera Tel Aviv, ¿qué harían con un poema sobre Tel Aviv?
Si no existiera Tel Aviv, lo cantarían en Haifa.

Y después, Tel Aviv volvería a existir, y Jerusalem florecería de la roca.
Y hasta Haifa se extendería sobre el Carmel, como un picapedrero árabe.
Y que un gran sol vuelva a besarlas, como a niños descarriados que entraron en razón.
Y que el calor y la calma reinen en nuestra tierra.

(Trad.: Florinda F. Goldberg)

Moscú, 1941. Llegó a Israel en 1949. Es poeta, traductor y ensayista político. Entre sus libros: *Interior y exterior*; *Cien poemas*; *Salida al mar*.



Jerusalem

En una azotea de la Ciudad Vieja
la ropa tendida refleja
la última luz del día:
la sábana blanca de una enemiga,
la toalla con que un enemigo
enjuga el sudor de su frente.

En el cielo de la Ciudad Vieja
un papalote se eleva.
Al extremo de la cuerda
hay un niño
que el muro mirar no me deja.

Izamos muchas banderas.
Izaron muchas banderas.
Para que creamos que están de fiesta.
Para que crean que estamos de fiesta.

1965.

(Trad.: Esther Solay-Levy)

Mi niño huele a paz

Mi niño huele a paz.
Cuando me inclino sobre él
no sólo huelo el aroma del jabón.
Todos los hombres fueron niños que olían a paz
(y en todo el país no quedó
ni una rueda de molino en movimiento).

Oh país mío, desgarrado como ropas
que apenas podrían ser zurcidas.
También en la cueva de Majpelah hay padres duros y solitarios,
y un silencio sin hijos.

Mi niño huele a paz.
El vientre de su madre le aseguró
lo que Dios no puede asegurarnos.

(Trad.: F. F. Goldberg)

Nació en Alemania en 1924; llegó a Israel en 1935. Figura central en la poesía israelí, se lo identifica también como "el poeta de Jerusalem". Entre sus obras: *El tiempo*; *Hora de gracia*; *La gran calma*.



En las colinas de Jerusalem

Leah Goldberg

I.

Yazgo como piedra entre estos montes,
hundida en la hierba ocre que agostara el
verano,
indiferente y callada.
Un pálido cielo roza la roca.
¿De dónde viene esa mariposa amarilla?
Piedra entre piedras – no sé
cuán antigua es mi vida
y quién más ha de venir
y empujarme con el pie
ladera abajo.

Quizá esto sea la belleza helada
para siempre.

Quizás sea
la eternidad en lenta marcha.
Quizá sea
el sueño de la muerte
y el único amor.

Yazgo como piedra entre estos montes,
entre espina y zarza,
frente al camino que baja hacia la ciudad.
Que venga el viento con sus bendiciones
a acariciar copas de pinos
y piedras mudas.

II.

Todo lo que se halla
fuera del amor
viene hacia mí ahora:
este paisaje que con su cordura de anciano
suplica vivir un año aún, un año más,
una generación, o dos, o tres,
otra eternidad.

Lituania, 1911 – Israel, 1970. Es un clásico de la poesía hebrea. Entre sus libros: *Temprano y tarde* (poemas); *Cartas de un viaje imaginario* (prosa); *La castellana* (teatro).

Colmarse de espinas innumerables,
mecer piedras muertas
como niños pequeños.
Callar viejas memorias,
una más, o dos, o tres.

¡Oh, cuán grande el anhelo de vida
en quien va a morir!
¡Qué terrible pasión,
y qué vana!...
Ser, ser
un año más, un año aún,
una generación, o dos, o tres,
otra eternidad.

¡Cómo se perdería en estos montes
el pájaro feliz,
un canto enamorado en su garganta,
el pequeño corazón palpitante de júbilo,
su nido aún rumoroso de pichones,
un himno de amor en sus alas!

Y de repente
desde el azul
descubre el erial desnudo
acribillado de guijarros.

Salvadle,
salvadle,
que no vean sus ojos el cadáver
de todos los amores,
la tumba de toda la alegría.

En la altura
celeste
permanece suspendido
con su solitario canto de amor
sin tocar la muerte
que está enfrente.

¿Cómo podrá un pájaro solo
sostener todo el cielo
encima del erial
con sus frágiles
alas?

Infinito y azul,
sostenido por sus alas,
por la fuerza de su canto.

Mi corazón así elevó su amor,
infinito y azul,
por sobre todas las alturas,
por sobre el erial,
los montes en ruinas,
los abismos del dolor.

Hasta que la canción enmudeció
en mi pecho,
deshechas sus fuerzas,
se hizo piedra
y cayó.

Amor mío, herido, mudo...
¿Cómo podrá un pájaro solo
sostener todo el cielo?

(Trad.: F. F. Goldberg)



A un estudiante en Jerusalem

Natan Zaj

Cuarto pequeño y asfixiante
al tope de diez escalones de hierro.
Luna afilada y caliente, extinta
tras un rescoldo de nubes. Entre ambos una luz
viscosa, como untada sobre las paredes
por el jamsín que ni siquiera estremece
la ropa tendida a secar en la calle.
El eco de cada gesto te devuelve
—silueta de bordes romos—
a tus propias manos como a una canción de cuna.
La recuerdas, tu cuerpo en la silla, tu cabeza
apoyada en la mesa, los dedos
donde comienza la tiniebla.
Alivio pasajero entre soledad
y soledad.
Pesada lectura en el libro
que se aleja de ti, de tu calma efímera
entre la euforia y el abatimiento,
hacia el corazón de la noche abierta
que te reconoce enseguida por tus oscilaciones.

Berlín, 1930; llegó a Israel en 1935. Entre sus libros: *Antiborradora*,
Noreste: Poemas varios.



En la pequeña casa de la calle Halafta

Rami Saari

En la pequeña casa de la calle Halafta
las tardes transcurren calmas.
Los amigos vienen y van, sabor y olor a mirra.
Una lluvia traslúcida corona la palmera.
Las rosas casi irrumpen en la casa.
Y en las tardes de este otoño infinito estoy siempre en el balcón,
mirando las luces de Talpiot al frente y pensando
en qué estaciones te hallarás ahora,
y cómo desapareciste, igual que la vida.

Israel, 1963. Galardonado en 1995 con el Premio Eshkol a la
Creatividad Poética, es también traductor de varios idiomas, entre ellos
el castellano. Ha publicado los poemarios *He aquí, he encontrado mi
casa*; *Hombres en la encrucijada*.

(Trad.: F. F. Goldberg)



No sé si el Monte Sión

7

Aba Kouner

1.
No sé si el Monte Sión puede reconocerse
a la luz de los reflectores a medianoche
cuando no queda nada de Jerusalem
sino su alerta belleza
en la luz lechosa que resbala sobre sus miembros alas silenciosas
la alzan del desierto que se ha hundido
muy lentamente, hacia más arriba de las estrellas
raro nácar que flota en la noche
gigante transparente
tanto cielo
la baña
no sé si el Monte Sión mira
mi corazón que contiene su aliento tras la ventana enrejada
de dolor y de placer y a quién está destinado
en el corazón de la noche

2.
Estos olivos
que no doblaron la rodilla ante el misterio y ante
las arrugas que agrietan todo este abanico celeste
sobre el camino del valle de Ben-Hinom
No sé si el Monte Sión ve las cosas
que cambiaron hasta lo irreconocible
nuestra imagen. Las manos que lo tocaron día a día
como toca la madre la frente de su hijo
cayeron se escabullen hacia la somnolencia del Mar Muerto
Acaso escucha el griterío
del mercado tras las murallas o la efusión de mi plegaria
en la sombra
– para qué sirven los amigos que miran desde las galerías
cuando nuestro corazón combate en la arena
y para qué estamos nosotros los poetas si no
sabemos decir
si el Monte Sión existe en realidad o
si semejante a nuestro amor su luz aislada de su foco
sube noche
a noche.

(Trad.: F. F. Goldberg)

Rusia, 1918 – Israel, 1992. Combatió en la resistencia antinazi durante la guerra, y llegó a Israel en 1945. Fue poeta, publicista y activista político. Entre sus libros: *Atalayas*; *Boda en el desierto*; *De todos los amores*.



Retazos del derrumbe

Carla Isaak

(Fragmento IV)

"Hace doce años
me volteó la luna,
me abrazó de espaldas
al empujarme contra el muro".
Con cuerpo de gruta
logró rotar
el ciclo de la vida.
Jerusalem,
antifaces que circulan
una y otra vez,
doblan apuestas
por una luz oblicua.

Paso la mano liviana
sobre el polvo de la mesa.
¡Tanta sal que viene de las rocas
y el mar está tan lejos!

Buenos Aires, 1961; reside en Jerusalem desde 1981. Ha publicado *Ratev* (poemas, 1983), una antología de escritores israelíes en español, poemas en diversas revistas literarias y traducciones al hebreo. Su libro inédito *Tarjetas mal dobladas* fue premiado en Bilbao 1993. Este fragmento pertenece a un poema publicado en *Hispanamérica* 71 (1995).



Purificación

Akiva Kononovich

Tiendo la ropa en la terraza
frente a la ieshivah "Luz festiva": prendas
interiores y exteriores
empapadas del sudor de seis días laborales
se deleitan ahora en la brisa,
blancas, inmaculadas. En el mundo de abajo,
ellos tienden sus voces con la ayuda
del Cielo, voz gruesa,
arbusto que asciende y se enrosca
en mis oídos como aladares
crecidos del pecado. Yo
tiendo la ropa en la terraza,
envidio sus voces.

leshivah: academia talmúdica.

(Trad.: F. F. Goldberg)

Argentina, 1937; vive en Israel desde 1969.
Publicó el poemario hebreo *Hakol vehakolar*
(1993), y ensayos sobre escritores hebreos y de
literatura comparada española-hebrea.



La línea de las lluvias

Mario Satz

*De la larga e irregular cicatriz no del todo cerrada
Que a media altura llaman la línea de las lluvias,
Penden, aún, sangrantes, heridas como siglos,
Prejuicios santificados por un tiempo
Siempre proclive a fosilizar las emociones,
Desgarrado entre lo tuyo y lo mío.*

*Le conocí pastores que eran David,
Almas midráshicas rápidas como lavanderas (Motacilla alba)
Vestidas de negro y blanco,
Campesinos del Kidrón,
Mercaderes de volantes alfombras quietas.
Ninguno sabía nada de la línea de las lluvias
Que dividen en mediterránea y desértica la ciudad.
Nadie atribuía al clima sus odios y rechazos,
Sus resentimientos y visiones.*

*Pero, desgarrados entre lo tuyo y lo mío,
Víctimas de su propia genealogía, judíos y árabes,
Jacóxicos o agáricos, clamaban para sí todas las llagas,
Ofensas y rencores, reivindicaciones y milagros
Mientras la paciente, espléndida, hermosa ciudad
Expandía durante la noche cuajada de astros
Su camafeo de eterna belleza, su milenario molino
En el que el trigo de los sueños justos espera
Aún devenir el pan de la realidad compartida.*

*Yo conocí Jerusalem,
La recorrí con flautas y fervores,
La amé más que a mi vida.
Junté lo que la lluvia dividía
Y supe que el eje de Sión es un diamante
En el que duerme el arco iris de las razas.*

Argentino, 1944; reside en Barcelona desde 1978. Entre sus obras: Poesía: *Las frutas* (1970); *Las redes cristalinas* (1985); las novelas *Tierra* (1974), *Sol* (1976), *Luna* (1978), *Marte* (1980), *Mercurio* (1990); *Tres cuentos españoles* (1988); ensayos: *Arbol verbal: Nueve notas en torno a la Kábala* (1985); *El secreto de la miel* (en prensa) y traducciones de textos cabalísticos.



Jerusalem en marzo

Angelina Muñiz-Huberman

A Alberto

Arena de mar que no has conocido
oro de templos enterrados
vidrio romano en los muros

Calles suben y bajan por los montes
Pastorcillos rodean rebaños
hacia laderas de piedra blanca
Un caballo suelto corre por el campo
huyendo de la carretera

En la madrugada tocan las campanas
y es la palabra de Dios en el eco
Sonido milenario, escueto,
cortante sonido de fragua

Ciudad monocromática
que hay que mirar del cielo arriba,
unidimensional,
en círculos de tiempo concéntrico

Ciudad pétrea: de estrellas fijas,
de luna lenta
Ciudad escalonada:
sólidos bloques copulados
Misterio de semen derramado

Sólo por una de las cuatro puertas
—rosa de los vientos— accederás
Luego de peregrinar
Luego de conmiserar

Ciudad en alto,
ciudad de oro amurallada
qué llave pides de amor recóndito,
de huella impresa,
de suaves pechos de Sulamita,
de espada en muslo de rey poderoso,
de palmera

de mirra
de incienso

De lecho de amor
de sábanas de lino
que enjugan licor primordial

Narradora, poeta y ensayista mexicana. Entre sus obras figuran: *Morada interior* (Premio Magda Donato, 1972); *Tierra adentro*; *La guerra del unicornio*; *Huerto cerrado, huerto sellado* (Premio Xavier Villaurrutia, 1985); *La lengua florida*; *De cuerpo entero*; *Dulcinea encantada*.

Soneto de los siete años

José Luis Najenson

Mensajes en los intersticios
del gran muro de Oriente
¿cómo leerlos entre las piedras?
El ojo de Dios elige:
Su mirada está en todas las letras:
combina: reduce: extiende

La Jerusalem que trepa por los montes
entre las cabras y los olivos,
es la Jerusalem del azul del cielo
que se asombra del trasparente
cuerpo improbable

Poco a poco, toma forma y se revierte,
Jerusalem de nuevo,
en la Jerusalem que baja de los montes
entre las cabras y los olivos,
el tañido de la flauta
y el olor de las especias

por sendas que sólo tú has conocido,
por sendas que sólo tú has perdido.

Batsheva ya no tiene siete años,
pero cumplió tres mil esta mañana
en la ciudad de David, contemplando
cómo el sol encendía su muralla.

Yo sé que había un puente sin esquinas
entre ese tiempo y la verdad lejana
que ha de hacerte mujer, y otra vez niña
con el poder del juego o la palabra.

Con su edad de Batsheva recobrada
corría por los techos descubiertos
indefensa ante todas las miradas.

No te importe perder aquel secreto
pues fue en Jerusalem, donde ya estabas
hace tres mil y siete, y otro beso.

Narrador, poeta y antropólogo argentino, radicado en Jerusalem. Es director literario del Instituto Cultural Israel-Iberoamérica.

Batsheva (Betsabé) significa en hebreo "niña de siete años".



Presencia de Jerusalem

Luisa Futoransky

La presencia de Jerusalem en mis líneas, en mis días, es una cuerda grave y sostenida. Ella va por los tres mil años y yo, de escribirla, unos treinta y algo. Signadas por el tres; los numerólogos y cabalistas sabrán por qué, o al menos algo propondrán. A lo largo de mi propio fragmento de respiraciones y ocasos fui perdiendo, o en el mejor de los casos transformando, la reverencia por los profetas, el deseo y entusiasmo por los hombres y la devoción por creencias y utopías. Jerusalem, en cambio es siempre pasión, una Vía Dolorosa, un vértigo, una embriaguez. Para ella, no sé qué quién soy ni quiénes somos. Aquí unos pocos ejemplos de mis pasos y mis versos perdidos y que ella, me devuelve, centuplicados, en lo mejor de mí. Sigo, Ciudad, "subyugada, y a tus pies". París, abril 12, 1996.

Jerusalem, una copa de vértigo

Las rosas de Jerusalem son complicadas
Los peregrinos desesperan

El camino de las rosas de la verdad
es absoluto.

Y me duele/s tanto.

Argentina. Reside en París. Poemas: **Partir, digo** (1981); **El diván de la puerta dorada** (1984); **La sanguina** (1987). Narración: **Son cuentos chinos** (1982); **De Pe a Pa** (1986); **Urraca** (edición francesa, 1991; edición española, 1992); **La parca, enfrente** (1995). Escribió óperas y teatro. Ensayo: **Pelos** (1990); **Lunes de miel** (1992). Ha obtenido varios premios literarios, entre ellos el Barcarola (1996).



Jerusalem, sin fecha

puerta por puerta
mosaico raíz del mosaico

cráter del desierto

herida
muy vasta
costra
costurón que no cierra
al aire

el aire

desde Zippori
por ejemplo
la piel
de dromedario

y la ruina de los templos
cuatro esquinas afianzadas
con sarcófagos de mármol veteado
de huesos y sesos
acaso
para despreciar
a los muertos

en los vivos
de oro iluminada
vergel
subyugada
y a tus pies



En una colina de Jerusalem vi una gran piedra. –Debe ser la señal– me dije. Entonces con la punta de mi bota la volví suavemente del revés. Abajo se afanaba un hormiguero pobladísimo. Me incliné a observar el irremediable desorden que provocara mi ignorancia.

A mi lado percibí con nitidez, el milagroso florecimiento del maná.

Capricornio-Vía Dolorosa 1969

Señor de mi signo
triste Señor del Saturno regente
hoy degusté piedra a piedra
el sabroso calor de la iluminación
o la demencia.

Vine por el monte donde Abraham



estuvo a punto de sacrificar su hijo muy querido;
deambulé por aldeas árabes junto a los pastores
y los cencerros de las cabras,
descansé en cuevas estrechísimas
construidas en la roca viva
a la medida de un beduino, un santo,
un criminal o una fiera a punto de parir.

Sentí resbalar sobre mi cuerpo
el mismo ardor del sol, el deseo y el odio
que recorrieron en tu cuerpo
las miradas de los otros.

Estoy segura,
hermoso y taciturno joven de la Galilea
que como yo, también fuiste
a la casa donde duermen los gusanos de Absalón
—hermano de infortunio—
y tropezaste con los negríssimos ciempiés,
las pequeñas iguanas
y esa rana monstruosa que continúa mirándonos
desde las terribles esmeraldas de sus ojos.

Hice tu camino, señor de Capricornio
–sin orden y con bastante desconcierto–
desde Belén, Cafarnaum, Caná, Hebrón, Gólgota,
a esta calleja estrecha donde una inscripción latina
me señala el sitio exacto en que un oficinista romano

de segunda categoría y relativa influencia
entró en la historia por el solo hecho de prenderte.

Mientras me apoyo
para orar con disimulo en esa piedra
te acercas, como todos los días
por esta angosta, ruidosa vía de la ciudad más ciudad
al menos de esta tierra y este tiempo.
Y quizás estás entre los jóvenes o ancianos
que divagan su hash en el narguile
a la puerta de comercios y salones,
o tal vez revoloteamos como algún pájaro
que en ocasiones se aventura por estos recovecos asesinos
aspirando el olor del oriente
hasta que la imaginación puede corporizarse en un dedal
o en la cruz de Bizancio
que me dio Mohammed, el vendedor de helados, golosinas
y antigüedades de Siloán.

Hoy, cuando bajé al túnel milagroso
de uno de los reyes de Israel
para refrescarme un tanto de las heridas, el sol.
y las horas de caminar por los precipicios de mi vida,
dejé también correr agua en el cuenco de mi mano
por ustedes, nosotros
y los señores de Capricornio que están en camino,
los que por nuestras calles
—carreteras del cielo y del infierno—,



vendrán desnudos o vestidos con su Vía Dolorosa,
 un cometa, un pan bajo el brazo,
 un manto de la dicha o una tienda de souvenirs
 a remover las cenizas
 que construyen y destruyen sus laboriosos hermanos
 porque nadie duda
 que Suyo es el Reino.

Más Chagall que Chagall

Es cierto; muchas ciudades conservan
 nostálgicas callejas de antiguas juderías
 pero nada como Mea Shearim para perderse
 embriagada en sus rancios olores,
 en la historia de los lugarejos todos,
 anónimos y perdidos de la Europa oriental.

Un suburbio que el tiempo voluntariamente olvida
 para que uno pueda reconocer que tal vez descienda
 de esos levitones lustrosos y sucios,
 de esas caras que rehuyen el sol
 de esos pepinos, agrios pescados y cáscaras de naranjas,
 de esa puerta estrecha, entreabierta lo suficiente
 como para filtrar una barba cana y el sonido de un violín,

de esas trabajadas, regateadas transacciones,

de la copita de licor con que la casamentera
 promete encontrarte –formalmente– el marido o la mujer
 antes de que sea demasiado tarde,
 de esa salmodia que balancea su torso con cierta rítmica
 iracundia
 ante un rollo de papel amorosamente arrojado en
 violento terciopelo.
 de esos extraños galerones que ocultan sudorosas cabezas
 por donde asoman labradas guedejas rojizas o cenicientas,
 de esos hombres que desvían su paso y su mirada al cruzar
 [una mujer,

de esas pálidas, antiguas niñas,
 del daguerrotipo vivo de esas jovencitas
 que musitan un idioma suspendido, confuso, trasegado y agónico
 de todos los lugares donde sus padres y los padres de sus padres
 fueron castigados por esa obcecación con que guardan
 sus vestidos,

cuecen sus dulces, pulen sus diamantes,
 repiten sus oraciones y maldiciones
 y estoy segura, día tras día
 intentan fabricar, secreta, sigilosamente
 un golem que mitigue sus pesares.

1969



16 **Autorretrato**

corazón
todavía
estelar
zarzardiente
tarda flor de invernadero
a veces castus
con este betún de Judea
vulgo asfalto
cuarteado
bajo los pies.

Dogma

Mi resto de verdor
todo verdor
perecerá.

Parténope

En Nápoles las calles caen como racimos de uva negra o moscatel
sobre el golfo, de bruces al Mediterráneo. Las carnes palidecen
de deseo, y por las imágenes de madera o escayola, corre el fuego
aguachento del milagro.

Después de Jerusalem es el lugar más indicado para discutir en
voz alta con Dios; Dios, a quien tanto agradan los productos per-
fumados de la tierra y los cantos corales melopeicos y estridentes.

Israel revisited

Aquí los huesos de los gépidos
las polillas engordadas con maderamen
y sebo rancio de templarios
los gatos, salvajes, angurrientos
todos
los hunos
y los otros
ven las estrellas

Distracciones

Caerá polvo de estrellas
chispas del Nombre
y yo sin saber.

